Douglas Coupland

Generación X

Traducción de Mariano Antolín Rato

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Generation X*

Primera edición: Septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1991, Douglas Coupland
All rights reserved
© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 1993, 2025
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-032-6
Depósito legal: M-11898-2025
Printed in Spain

«Llevaba el pelo igual que una empleada de perfumería de un Woolworth de Indiana de los años cincuenta. Ya sabes: graciosa pero tonta. Cualquier día de estos se casará para largarse del aparcamiento de caravanas donde vive. Pero su vestido era el de una azafata de Aeroflot de principios de los sesenta, de ese azul tan triste que llevaban los rusos antes de que todos quisieran comprar Sonys y que Guy Laroche les diseñara las gorras del Politburó. ¡Y vaya maquillaje! Un perfecto Mary Quant de los años setenta, con esos pequeños pendientes florales de PVC que parecían los antideslizantes de goma de la bañera de un gay de Hollywood de 1956. Había conseguido expresar el sentido de la auténtica tristeza: era la persona más a la última. Algo total».

Tracey, 27 años

«Son mis hijos. Adultos o no, no puedo echarlos a patadas de casa. Sería cruel. Y, además, son unos cocineros estupendos».

Helen, 52 años

PRIMERA PARTE

TU ENEMIGO ES EL SOL

Hacia finales de los setenta, a los quince años, me gasté hasta el último centavo que entonces tenía en el banco para volar en un reactor 747 al otro extremo del continente, hasta Brando, Manitoba, en lo más profundo de las praderas canadienses, para presenciar un eclipse total de sol. Debía de tener un aspecto curioso a mi joven edad, delgado como un fideo y prácticamente albino, al registrarme tranquilamente en un motel TraveLodge para pasar la noche solo, mirando encantado lo que ofrecían las cadenas de televisión en la pantalla llena de nieve y bebiendo agua en los vasos del cuarto de baño, que habían lavado y vuelto a envolver en fundas de papel tantas veces que parecía como si los hubieran lijado. Pero la noche pasó enseguida y llegó la mañana del eclipse. Evité los autocares turísticos y cogí un autobús de línea que me llevó hasta las afueras de la ciudad. Allí me adentré caminando por una polvorienta carretera secundaria y llegué a un sembrado, donde crecía un cereal del color del maíz que me llegaba a la altura del pecho y que



crujía cuando yo avanzaba, mientras sus hojas me producían pequeñas escoceduras en la piel. Y en ese sembrado, a la hora, el minuto y el segundo previstos, se hizo la oscuridad. Me tumbé en el suelo, rodeado por los altos tallos y el suave sonido de los insectos, y contuve la respiración, experimentando una sensación de la que nunca he sido capaz de librarme por completo, una sensación de oscuridad, inevitabilidad y fascinación, una sensación que seguramente habrá tenido la mayoría de los jóvenes desde el comienzo de los tiempos, cuando al estirar el cuello y mirar al cielo vieron que su cielo se desvanecía.

* * * * *

VIAJA EN REACTOR MIENTRAS PUEDAS

Década y media después, mis sentimientos son igual de ambivalentes, y estoy sentado en el porche del bungaló que he alquilado en Palm Springs, California, cepillando a mis dos perros, oliendo el intenso aroma a canela de los dondiegos de noche y las fuertes bocanadas del cloro de la piscina, que llegan desde el jardín mientras espero que amanezca.

Miro al este, hacia la falla de San Andrés, que atraviesa el centro del valle como un trozo de carne requemado. Dentro de poco el sol estallará por encima de esa falla y en el interior de mi vida, como una hilera de coristas de un espectáculo de Las Vegas irrumpiendo en el escenario. También mis perros están mirando. Saben que se va a producir un acontecimiento extraordinario. Estos perros son muy listos, te

lo aseguro, pero a veces me preocupan. Por ejemplo, estoy quitándoles del morro esa asquerosa pasta amarillenta parecida a queso fundido, a ese queso de encima de una pizza de microondas, y me siento fatal porque sospecho que estos perros (por mucho que sus preciosos ojos negros de chuchos me quisieran hacer creer otra cosa) han andado husmeando de nuevo entre los desperdicios de la parte de atrás de la clínica de cirugía estética, y me atrevería a decir que eso que tienen pegado en el hocico es sebo de liposucción de un *yuppie*. No he conseguido averiguar cómo se las arreglan para romper las bolsas de plástico rojo para carne, a prueba de coyotes según las leyes de California. A lo mejor es que los médicos son unos guarros o unos vagos. O las dos cosas a la vez.

Vaya mundo este.

Te lo digo yo.

Desde dentro de mi pequeño bungaló oigo un portazo en la alacena. Probablemente será mi amigo Dag que estará cogiendo un tentempié o alguna cosa dulce para nuestra amiga Claire. O más probablemente —los conozco bien—, un *gin-tonic* corto. Son sus costumbres.

Dag es de Toronto, Canadá (doble ciudadanía). Claire de Los Ángeles, California. Y, a propósito, yo soy de Portland, Oregón, pero en estos tiempos resulta irrelevante de dónde sea uno porque «todos los centros comerciales tienen las mismas tiendas», según dice Tyler, mi hermano pequeño. Los tres somos miembros de la *jet set* pobre, un grupo internacional enorme, un grupo del que formo parte, como men-

cioné antes, desde los quince años, cuando fui en avión a Manitoba.

Total, que como esta tarde no era buena ni para Dag ni para Claire, han venido a invadirme la casa para atizarse *gin-tonics* y tomar el fresco. Lo necesitaban. Tenían sus motivos.

Por ejemplo, a las dos de la mañana Dag terminó el jodido curro en Larry's Bar, donde trabaja de camarero, como yo. Mientras volvíamos andando a casa, me cortó en mitad de la conversación y salió lanzado al otro lado de la carretera, donde hizo un arañazo con una piedra en el capó y el parabrisas de un Cutlass Supreme. No es la primera vez que comete un acto vandálico así. El coche era de color mantequilla y llevaba una pegatina en el parachoques que decía ESTAMOS DESTRUYENDO LA HERENCIA DE NUESTROS HIJOS, un mensaje que supongo sacó de sus casillas a Dag, que estaba aburrido y nervioso después de ocho horas de trabajar en el McJob («Una mierda de paga, ningún prestigio, ningún beneficio y un negro futuro»).

Me gustaría entender esta inclinación destructiva de Dag; por lo demás es un tipo bastante considerado, tanto que una vez no se quiso bañar en toda una semana porque una araña había tejido su tela en la bañera.

—No lo sé, Andy —dijo, mientras cerraba de un portazo, entrando con los perros a su zaga, con pinta de mormón renegado de camisa blanca, corbata torcida, sobacos manchados de sudor, barba de dos días, calzones grises (no pantalones, «calzones»), y, embistiendo

como un alce en celo, hundió la cabeza en el compartimento de los vegetales de mi nevera, del que sacó una botella de vodka barato, en cuya superficie se habían adherido unas hojas de lechuga—. No sé si me apetece castigar a un jodido viejo por haberme estropeado el mundo, o si solo me fastidia que el mundo se haya vuelto tan grande. Supera nuestra capacidad para contar historias sobre él, y por eso todos andamos fastidiados con tantos pitidos electrónicos incomprensibles y tantas pegatinas idiotas en los parachoques. —Dio un trago a la botella—. En cualquier caso, me siento ofendido.

Serían las tres de la mañana. Dag estaba en pleno ataque de vandalismo, y estábamos sentados en las butacas del cuarto de estar mirando el fuego que ardía en la chimenea, cuando de pronto irrumpió Claire (sin llamar), con su corta melena de un negro visón toda agitada y un aspecto imponente a pesar de lo baja que es, consecuencia de la elegancia que se le ha pegado por trabajar en el estand de Chanel del centro comercial I. Magnin de la zona.

—Menuda cita de mierda —anunció.

Dag y yo intercambiamos miradas significativas. Claire agarró un vaso de una bebida misteriosa de la cocina y luego se hundió en el pequeño sofá, sin preocuparse del desastre que los múltiples pelos de los perros iban a producir en su vestido negro de lana.

—Mira, Claire. Si te resulta demasiado complicado hablar del tipo con el que has salido, podrías recurrir a unas marionetas y represen-

MCJOB: Trabajo mal pagado, sin prestigio, sin dignidad, sin futuro, en el sector servicios. Considerado frecuentemente como una elección profesional satisfactoria por personas que nunca han tenido ningún trabajo.

tar lo que pasó haciéndonos un pequeño número.

—Muy gracioso, Dag, muy gracioso. Otro vendedor de bonos y otra cena *nouvelle cuisine* a base de sémola y agua Evian. Y, claro, además se dedica a proteger la vida salvaje. Se pasó toda la noche hablando de trasladarse a Montana y de los productos químicos que va a poner en el depósito de gasolina para evitar que todo se eche a perder. No puedo seguir así. Pronto tendré treinta años. Me siento como un personaje de dibujos animados.

Inspeccionó el sencillo mobiliario de mi cuarto, al que únicamente alegraban unas mantas de indio navajo baratas y de poca calidad. Luego su expresión se volvió más relajada.

—Ese tipo con el que salí también tenía un punto de mezquindad. En la Highway 111, en Cathedral City, hay esa tienda que vende pollos disecados. Pasábamos por allí en coche y yo me moría de ganas de tener uno porque son muy bonitos, pero Dan (se llamaba así) va y dice: «Mira, Claire, no tienes necesidad de un pollo», a lo que yo dije: «La cuestión no es esa, Dan. La cuestión es que yo quiero un pollo». Y a continuación me empezó a soltar el rollo de que la única razón por la que yo quiero un pollo disecado es porque quedan muy bien en el escaparate, pero que en cuanto yo tuviera uno empezaría a pensar en cómo deshacerme de él, lo que es bastante cierto. Entonces traté de explicarle que los pollos disecados son como la vida y como las nuevas relaciones, pero mis

***JET SET* POBRE:** Grupo de personas con tendencia a viajar de forma crónica a expensas de una estabilidad laboral a largo plazo o de una residencia permanente. Tienden a mantener conversaciones telefónicas sin futuro y extremadamente caras con personas que se llaman Serge o Ilyana. En las fiestas acostumbran hablar de tarifas aéreas actualizadas.

explicaciones se hundieron a los pocos segundos (la analogía parecía demasiado rebuscada) y se produjo ese terrible silencio propio de la raza humana que adoptan los pedantes que creen que están hablando con subnormales. Me entraron ganas de estrangularlo.

—¿Pollos? —preguntó Dag.

—Sí. Pollos.

—No me digas.

—Pues sí te digo.

—Clo clo.

El ambiente se puso tonto y malhumorado a la vez, y al cabo de unas cuantas horas me retiré al porche donde estoy ahora, arrancando posible sebo de *yuppie* de los hocicos de mis perros y contemplando los primeros arreboles del sol que iluminan Coachella Valley, el valle en el que se encuentra Palm Springs. Sobre la colina, a lo lejos, distingo la casa en forma de silla de montar de Bob Hope, el cómico, un edificio que se funde con las rocas como un reloj de Dalí. Me noto tranquilo porque tengo a mis amigos cerca.

—Tiempo de pólipos —anuncia Dag cuando llega y se sienta a mi lado, quitando el polvo de salvia del desvencijado suelo de madera.

—Eso sí que es un asco, Dag —dice Claire, sentándose a mi otro lado y poniéndome una manta por encima de los hombros (solo llevo unos calzoncillos).

—No es un asco. Cualquier día de estos, hacia el mediodía, deberías echar un vistazo a las aceras próximas al restaurante al aire libre de Rancho Mirage. La gente se quita pólipos como

si se tratara de caspa, y cuando los vas pisando al caminar es como si anduvieras sobre una capa de cereales crujientes.

—Chist... —digo yo, y los cinco (no se olvide a los perros) miramos en dirección este. Me estremezco y me arrebujo en la manta porque tengo más frío del que había notado, y me pregunto por qué todas las cosas parecen infernales en estos tiempos: gente con la que sales, trabajos, fiestas, el tiempo... Tal vez se deba a que ya no creemos en el infierno, o a que a todos nos prometieron el paraíso en la Tierra, y lo que al final hemos conseguido no merece ser comparado con él.

A lo mejor alguien nos la ha jugado. Quién sabe.

Dag y Claire sonríen mucho, ¿sabes?, como muchas personas que conozco. Pero siempre me he preguntado si no hay algo mecánico o maligno en sus sonrisas porque el modo en que mantienen estirados los labios me parece un gesto un tanto protector, por no decir falso. Mientras estoy sentado con ellos, hago un pequeño descubrimiento. Encuentro que las sonrisas de las que hacen gala en su vida diaria son iguales que las sonrisas de las personas a las que los trileros han desplumado amablemente (pero en cualquier caso desplumado) en público y en una acera de Nueva York, y que debido a las convenciones sociales son incapaces de demostrar su enfado, porque no quieren parecer malos perdedores. La idea se desvanece.

El primer resquicio de sol se alza por encima del tono lavanda de la montaña de Joshua,

pero nosotros estamos excesivamente a la última, más de lo que nos convendría, y no podemos dejar que el hecho ocurra sin más. Dag se ve obligado a acoger este resplandor haciéndonos una pregunta, una siniestra alborada:

—¿En qué pensáis cuando veis el sol? Rápido. Antes de pensar demasiado en ello y estropear la respuesta. Sed brutalmente sinceros. Claire, tú primero.

Claire capta la intención.

—Verás, Dag, yo veo a un campesino ruso que va en un tractor por un trigal, pero la luz del sol no le favorece, como en una descolorida foto en blanco y negro de un antiguo *Life.* Y también se ha producido otro fenómeno extraño: más que rayos el sol ha empezado a proyectar el olor de viejas revistas *Life,* y el olor está matando su cosecha. El trigo va disminuyendo mientras nosotros hablamos. El campesino se desploma sobre el volante del tractor y llora. El trigo se le seca por envenenamiento histórico.

—Muy bien, Claire. Raro de verdad. ¿Y tú, Andy?

—Déjame pensar un momento.

—Bueno, pues entonces seguiré yo. Cuando veo el sol, pienso en una chica australiana que hace surf, tiene dieciocho años, está en algún sitio de Bond Beach, y se fija en sus primeras marcas de queratosis en la espinilla. Grita para sus adentros y se pone a pensar en el modo de robarle unos valium a su madre. Y ahora, dime, Andy, ¿en qué piensas tú cuando ves el sol?

HIPODOSIS HISTÓRICA: Vivir en un tiempo en el que parece que no pasa nada. Entre los síntomas principales están la adicción a los periódicos, las revistas y los noticiarios de la televisión.

SOBREDOSIS HISTÓRICA: Vivir en un tiempo en el que parece que pasan demasiadas cosas. Entre los síntomas principales están la adicción a los periódicos, las revistas y los noticiarios de la televisión.

Me niego a participar en este horror. Me niego a introducir personas en mi visión.

—Pienso en ese sitio de la Antártida que se llama Lake Vanda, donde hace más de dos millones de años que no llueve.

—No está mal. ¿Algo más?

—No, nada más.

Hay una pausa. Y lo que yo no digo es esto: que este también es el mismo sol que me hace pensar en mandarinas regias, en mariposas aturdidas y en carpas perezosas. Y en las estáticas gotas de sangre de las granadas que rezuman por las fisuras de la piel de la fruta que se pudre en la rama del árbol de la casa de al lado; unas gotas que cuelgan como rubíes de su antigua fuente de cuero marrón, remitiendo a la intensa fertilidad ovárica del interior.

Este caparazón de impasibilidad también es demasiado para Claire. Rompe el silencio diciendo que no es sano vivir la vida como si se tratara de una sucesión de breves y aislados momentos de lucidez.

—O nuestras vidas se convierten en historias, o no hay modo de que podamos vivirlas.

Yo me muestro de acuerdo. Dag se muestra de acuerdo. Sabemos que por eso dejamos nuestras vidas y vinimos al desierto; a contar historias y a hacer que nuestras propias vidas sean historias dignas de contarse.

NUESTROS PADRES TENÍAN MÁS

«Desnudarse».

«Hablar solo».

«Mirar el panorama».

«Masturbarse».

Ha pasado un día (bueno, a decir verdad, ni siquiera doce horas) y los cinco vamos traqueteando por Indian Avenue, en dirección a nuestro picnic de la tarde, arriba en las montañas. Vamos en el viejo Saab sifilítico de Dag, un antiguo modelo rojo encantadoramente decrépito de esos que se suben por las paredes de los edificios en los dibujos animados de Walt Disney, y que se manpalos de pirulís, chicle y cinta adhesiva. Y en el coche jugamos a un juego ideado por Claire: decir todas las actividades que hace la gente cuando se encuentra sola en el desierto.



«Sacarse fotos desnudos con una Polaroid».

«Recoger basura y desperdicios».

«Hacer pedazos esa basura a tiros».

—Oye —protesta Dag—, es un modo de vivir, ¿o no?

El coche sigue perfectamente.

—A veces —dice Claire, mientras pasamos por delante del centro comercial I. Magnin donde trabaja—, tengo una sensación extraña cuando miro las oleadas interminables de gente de pelo gris que arrambla con las joyas y los perfumes. Noto como si estuviera mirando una mesa enorme rodeada por cientos de niños glotones que son tan maleducados y están tan impacientes que ni siquiera pueden esperar a que preparen la cena. Tienen que agarrar a los animales vivos de encima de la mesa y comérselos directamente.

Vale, vale. Es una opinión cruel y tendenciosa de lo que verdaderamente es Palm Springs: una ciudad pequeña donde los viejos intentan volver a comprar su juventud y ascender unos pocos peldaños de la escala social. Como se suele decir, derrochamos la juventud para conseguir la riqueza, y la riqueza para recuperar la juventud. Este sitio tampoco está tan mal, y resulta indudablemente encantador... Oye, bien mirado, me gusta vivir aquí.

Pero el sitio hace que me preocupe.

* * * * *

EL AMOR
A LA
CARNE
IMPIDE
CUALQUIER
CAMBIO
AUTÉNTICO

En Palm Springs no hay clima, como en la tele. Además, tampoco hay clase media, y en ese sentido el lugar es medieval. Dag dice que cada vez que en el planeta alguien usa un clip para sujetar unos papeles, un suavizante para la ropa o ve una reposición de *Hee Haw* en la tele, alguno de los residentes en el Coachella Valley

se embolsa un centavo. Probablemente tenga razón.

Claire se ha dado cuenta de que aquí los ricos pagan a los pobres para que les quiten las espinas a sus cactus.

—También me he fijado en que tienden a librarse de las plantas de sus casas más que a cuidarlas. Dios santo. Imaginad cómo son sus hijos.

Pese a todo, los tres hemos decidido vivir aquí porque esta ciudad es sin duda un santuario silencioso frente a la vulgaridad de la vida de la clase media. Y eso que no vivimos en las zonas más elegantes de la ciudad. Da lo mismo. Aquí hay zonas donde si uno ve brillar algo en una mancha de césped de Bermudas, puede asegurar que se trata de un dólar de plata. Donde vivimos nosotros, en esos pequeños bungalós que comparten el mismo jardincillo y la piscina en forma de riñón, un brillo en la hierba significa una botella de *whisky* rota o una bolsa de un ano artificial que ha conseguido escapar al guante de goma del que recoge la basura.

* * * * *

El coche toma una larga recta que lleva a la autopista, y Claire abraza a uno de los perros que ha asomado la cabeza entre los dos asientos delanteros. Es una cabeza que ahora se humilla educada, aunque pida atención de un modo insistente. Claire le alecciona mirando sus dos ojos de obsidiana.

BAJOFONDISMO HISTÓRICO: Frecuentar restaurantes baratos, zonas industriales abandonadas, aldeas —lugares donde parece que no pasa el tiempo—, para experimentar alivio cuando se regresa al «presente».

—Mira, precioso. No tienes que preocuparte por tener una moto para la nieve, o cocaína, o una tercera residencia en Orlando, Florida. Está bien. No te preocupes. Lo único que quieres es que te acaricie un poco la cabeza.

BRASILIFICACIÓN: La separación creciente entre ricos y pobres, y la consiguiente desaparición de las clases medias.

Mientras le suelta el discurso, el perro tiene la expresión alegre y servicial de un botones de hotel en un país extranjero que no entiende ni una palabra de lo que le dices, pero que sigue esperando la propina.

VIAJE VACUNADO EN EL TIEMPO: Fantasear que se viaja hacia atrás en el tiempo, pero solo con las vacunas adecuadas.

—Muy bien. No tienes que preocuparte de todas esas cosas. ¿Y sabes por qué? —El perro estira las orejas ante el tono de voz, dando la impresión de que entiende. Dag insiste en que todos los perros hablan secretamente en inglés y suscriben los principios morales y las creencias de la Iglesia Unitaria, pero Claire sostiene que no porque, según dice, cuando estaba en Francia se dio cuenta de que los perros hablaban francés—. Porque todos esos objetos se podrían rebelar y pegarte en el morro. Lo único que te recuerdan es que te has dedicado toda la vida a coleccionar cosas. Y a nada más.

Llevamos unas vidas insignificantes en la periferia; somos unos marginados y hay muchas cosas en las que decidimos no participar. Queríamos silencio y ahora tenemos ese silencio. Llegamos aquí llenos de picores y granos, con el colon tan lleno de nudos que creíamos que nunca se nos volverían a mover las tripas. Nuestro metabolismo había dejado de funcionar, atascado por el olor de las fotocopiadoras, los ambientadores, el papel continuo y por la tensión constante de unos trabajos sin interés

realizados a regañadientes y sin el menor reconocimiento. Teníamos impulsos invencibles que nos llevaban a confundir el comprar cosas con la creatividad, o tomar tranquilizantes, y a convencernos de que bastaba con alquilar un vídeo los sábados por la noche. Pero ahora que vivimos aquí, en el desierto, las cosas marchan mucho, muchísimo mejor.